



LA CULTURA PORTUGUESA ENVUELVE LA CIUDAD.  
UNA CRÓNICA HABLADA

Página 108 (blanca)

## LA CULTURA PORTUGUESA ENVUELVE LA CIUDAD. UNA CRÓNICA HABLADA

---

ANTONIO SÁEZ DELGADO

Muchos de los libros que compro habitualmente son crónicas. No son libros actuales, tienen casi cien años. Los compro en librerías de viejo o por internet. Las crónicas se escriben en primera persona, lo dicen los cánones del género, y cuentan lo que pasa dentro y fuera de la cabeza de su autor. Lo que hay fuera es la *vida*. Lo que hay dentro es, tal vez, la *literatura*. O al revés. Hoy es casi imposible encontrar estos libros entre las mesas de novedades. Los géneros han cambiado. Y lo que entonces era mayoritario –libros de crónicas, de viajes, memorias– son hoy libros *menores*. Libros en los que resuena la voz del *autor*, en detrimento del *narrador* o del *protagonista*. La impostación está fuera de sus páginas. Aunque se trate, tal vez como ninguno, de un género de *ficción*.

En uno de esos libros, escrito por un portugués tras la primera guerra mundial, el autor repasa las cifras de hombres muertos en la contienda, y actualiza los datos del número de mujeres a las que tocaría, tras la guerra, cada hombre europeo.

Se trata también, es verdad, de un género *frívolo*.

**LUNES, 18 DE OCTUBRE.** El vendedor de periódicos me lo había anunciado un par de horas antes: coja el paraguas, que hoy va a llover en serio. Y empezaba a hacerlo al entrar en el MEIAC. La sala de actos donde iba a inaugurarse *Ágora. El debate peninsular* estaba llena de estudiantes. De eso me di cuenta algo más tarde, después de estar unos minutos curioseando las novedades editoriales del GIT y saludando a algunos amigos. No te esperábamos en la inauguración, me dijo alguien.

Supe que eran estudiantes porque ya estaban sentados en sus sillas un buen rato antes de que comenzasen las actividades. Estudiantes extremeños y de la Universidad de Évora (algunos rostros conocidos). Poco después, sin demasiada parafernalia, se inauguraba *Ágora*. Con palabras claras y lúcidas, poco altisonantes. Las relaciones entre España y Portugal van cambiando, pienso, en el *tono* de las palabras. Alguien (un político) dijo que esperaba de *Ágora* que fuese un foro transfronterizo “abierto, de respeto y tolerancia”. Lo escribí en una libreta que llevaba en el bolsillo. Ojalá llegue un día en el que no sea preciso abrir un foro hispanoluso invocando el respeto y la tolerancia, escribí también. Ojalá se den por supuestas ciertas actitudes, aquellas que aún hoy son *necesarias*. De algún modo, el balance de *Ágora* es el balance de cinco años de relaciones entre España y Portugal. Lo he visto durante años desde un lado de la frontera y ahora, hoy, lo veo desde aquí, desde *el otro*. En los últimos diez años he pasado más tiempo en Portugal que en España.

Durante el descanso del café aproveché para organizarme. Pregunté a alguien qué era el ruido que se escuchaba en la sala de conferencias durante las intervenciones de la inauguración. Me dijeron: una instalación de João Tabarra.

## POÇO DOS MURMÚRIOS

### *João Tabarra*

Cuando vi el título de la obra de Tabarra pensé en la palabra *murmúrio* (“murmullo”, pero también “susurro”) y cuántas veces la he encontrado traduciendo la poesía de Teixeira de Pascoaes. El pozo de los murmullos, el pozo de los susurros, pensé automáticamente con esa manía que tenemos a veces de traducirlo todo como quien echa cuentas de cabeza.

La obra de Tabarra ha ido creciendo en los últimos años, llegando a representar a Portugal en la Bienal de Arte Contemporáneo de São Paulo en 2003. Recuerdo sus trabajos fotográficos de hace bastantes años, y que probablemente tienen poco que ver con este “Poço dos murmúrios”, una sugerente pieza de connotaciones líricas y trascendentes. Entramos en una caja negra (una habitación cuyas paredes, techo y suelo están teñidos de ese color) tras recorrer un breve pasillo oscuro, alertados por el sonido de algún objeto que cae en agua. Al llegar a la caja, al centro mismo de la pieza, comprendemos que nos encontramos dentro de un pozo, cuya boca podemos ver en forma de vídeo-instalación proyectada sobre el techo. Allí, en el foco de luz, una mano va arrojando monedas al pozo, al agua que está sobre nuestras cabezas. No sé si consigo explicarlo en tan pocas palabras. La sensación tiene, se me ocurre, tanto que ver con el murmullo de las monedas y el agua como con el susurro de quienes habitan este espacio oscuro, con algo de fetal y algo de embrionario. Me he quedado solo por unos minutos en el centro de la instalación y me ha parecido desasosegante como un aluvión de preguntas. Como ciertos poemas de Pascoaes.

Mientras los alumnos tomaban notas, unos periodistas portugueses que regresaban a su país tras las primeras intervenciones comentaban en la puerta del museo que llevaban buen material (material de primera, ha dicho uno de ellos). Preguntándome a qué se referiría, he cruzado tres o cuatro calles para ver los libros portugueses.

### **SEMANA DEL LIBRO PORTUGUÉS**

Ver las exposiciones de libros portugueses que hacen las librerías extremeñas supone, de alguna manera, volver a poner los pies en el suelo. Regresar al punto del que creímos haber salido hace tiempo. Tener la tentación de que sigue siendo necesario hablar de relaciones abiertas, respetuosas y tolerantes. Lo pienso yo, que no le tengo demasiado respeto, por lo general, a los libros. Lo hago, en mi idealismo, por su bien, para que no se crean que son más de lo que en realidad son. Para que no se confíen en que van a cambiar el mundo de un día para otro. Creo que a los libros le viene bien una lectura descarnada, la que hacemos con los programas de televisión

cuando tenemos el mando a distancia en la mano. Unos minutos de cortesía y, si no, a otra cosa. Tal vez esa forma de *afecto* le viniese bien a los libros, a algunos libros.

Las mesas de libros portugueses de las librerías Colón, Universitas y Zurbarán me llevan a pensar estas cosas. Pocos títulos y los autores de siempre. Curiosamente, casi todos los que ya están traducidos a español: Saramago, Sophia de Melo, Eça de Queiroz, Pessoa al lado de Paulo Coelho... Mi amigo J.M., poeta y editor portugués, siempre me dice que es necesaria una librería portuguesa en Extremadura. *Tenemos* que hacerlo, Antonio, me dice siempre. Una librería que mostrase a los alumnos de las Escuelas de Idiomas, de las facultades extremeñas, de los cursos de lengua portuguesa, que la literatura lusa es algo más que la media docena de nombres presentes en cualquier librería. Aun así, he comprado un libro. Como quien compra algo que le recuerde algún día que estuvo aquí con una misión concreta. Un libro es también un *souvenir*.

## CICLO DE CINE PORTUGUÉS

### *Os imortais*

Descubrí a António Pedro Vasconcelos a finales de los ochenta, en los años de la facultad. A partir de ahí anoté su nombre en algún sitio, y he ido siguiendo algunos de los múltiples trabajos de este polifacético director y actor, entre los que recuerdo haber disfrutado de *Jaime*, hace pocos años, en una sala casi vacía de los multicines Eborim de Évora.

*Os imortais* relata en primera persona y en retrospectiva las hazañas violentas de un grupo de excombatientes de la guerra colonial, y cómo los compañeros de batallas y tropelías van conociendo la muerte. Se trata, en todo caso, de una trama de anti-héroes urbanos, conducidos a la tragedia por la inadaptación de los tiempos pos-coloniales. Una película dura, diferente a otras del mismo director, en la que sobresale especialmente el trabajo de los actores secundarios, que sostienen una trama en la que a veces cae un poco el tono narrativo, con un guión resuelto no sin dificultades en los diálogos de los excombatientes de las selvas, que ahora gastan su tiempo entre juergas de alcohol y sexo y robos a mano armada. En paralelo, una

bella historia de amor entre un veterano policía y una compañera de trabajo, que da verosimilitud a la totalidad de la historia, algo desvirtuada en ocasiones por los excesos narrativos.

A la salida, los alumnos de la Escuela de Idiomas que llenaban un tercio de la sala comentaban las dificultades que habían tenido para comprender la versión original. Una chica rubia, treinta años, se declaraba *perdidamente* enamorada de Joaquim de Almeida, ante la risa de sus amigos. Antes de irme, intento no olvidarme de escribir que los subtítulos son otra de las asignaturas pendientes en las relaciones culturales hispano-portuguesas. Otro símbolo. Los de esta producción eran, sencillamente, escandalosos.

## MARTES, 19 DE OCTUBRE

### UNA LUZ INCIERTA

#### *Exposición fotográfica de Antonio Covarsí*

“Las fotografías de Antonio Covarsí captan el fluir de una realidad subjetiva plasmada a través de composiciones dinámicas y sugerentes. El artista utiliza en esta ocasión el recurso del enfoque y el desenfoque para mostrarnos una Lisboa intimista y poética. Las sombras y los pasos se convierten en protagonistas de esta ciudad mágica en que conviven gentes de las ex colonias y peninsulares en un decorado difuso”. Con estas palabras definía el programa de *Ágora* la exposición de Covarsí colgada en la Sala Europa. Una Lisboa intimista y poética, es verdad, que me recordó a ciertas imágenes de Sudek, las que compré hace diez años en Praga. *Allí* había niebla, *aquí* imágenes desenfocadas. Bultos negros atravesando la escena, presencias fantasmales e inquietantes. En el Catálogo de la exposición un poema de Ángel Campos Pámpano hace referencia a ellos: “parecen olvidados / ahí / siempre en la misma esquina de la plaza // hablo sólo de formas / y también de la ausencia de su origen / bajo esta luz espesa de una bruma / que los ha dejado ahí / varados para siempre // olvidados de todos // ajenos / al enemigo / rumor de la mañana.”

Las fotos de las diferentes *secciones* (Alfama, Chiado, Baixa, Una luz incierta) me han recordado, sin saber bien la razón, a la Lisboa que conocí hace quince años. Esa Lisboa que era para nosotros un *refugio*, un lugar donde pasar los fines de semana buscando *otra* diversión, la que nos proporcionaba el ambiente siniestro y a la vez popular del Bairro Alto. Cogíamos el Lusitania Express de madrugada en Cáceres, sobre las tres, y pasábamos toda la noche sentados en la cafetería, charlando y viendo pasar la noche. En Lisboa amanecíamos todos, y sentíamos esa libertad especial que se siente en el extranjero. Lisboa fue para nosotros el Extranjero, con mayúsculas. Un lugar donde conocer *otras* personas, donde comprar *otros* libros, donde visitar *otras* exposiciones y donde trasegar *otros* bares. Eran los tiempos del *Frágil*, en el Bairro Alto, donde vuelvo siempre que paso una noche en Lisboa. Ya no es el mismo bar, dirá alguien. Pero para mí es cada vez mejor porque estuve allí cuando era otro, y ahora estoy aquí para verlo de nuevo.

Camino del Teatro López de Ayala leo los textos que la prensa regional dedicaba a la primera jornada de *Ágora*. Una frase, puesta por el periodista en boca de José Souto de Mora, fiscal general de Portugal, me llama la atención: “El tiempo de la justicia no es el tiempo de los medios de comunicación”. En el periódico también aparecía entrecomillada. No es mal presagio para ir a escuchar fados en la voz de Mafalda Arnauth. Al mediodía, al ver el *telejornal* en algunas televisiones portuguesas, había comprendido por qué el periodista de ayer decía al teléfono que tenía una *noticia de primera*. Con esas palabras.

## CONCIERTO

### *Mafalda Arnauth*

No quiero engañar a nadie. Los fados me gustaban hace mucho tiempo. Tal vez no haga demasiados años, pero sí ha pasado mucho tiempo. Entonces iba a escucharlos con frecuencia en Lisboa, no a las tascas de Alfama o del Bairro Alto, sino al *Velho Pátio de Santa Ana*, uno de los santuarios lisboetas del fado antiturístico, en la zona moderna de la ciudad, al cobijo de los flashes.

Conocí *otro fado* en Évora, en un bar en el que los jóvenes universitarios cantaban a la moda de Coimbra, y me dedicaban sonrisas y se acercaban para explicarme los sinsabores ocultos tras la letra que resonaba en las bóvedas del bar. Allí aprendí a no gustar de los fados. Con su aprendizaje. Con la insistencia de su mensaje. Aprendí los errores de la melancolía. Por eso no quiero engañar a nadie. Por eso tiendo a pensar que probablemente el fado tenga un *momento* o, mejor, una *edad*. Una edad a la que cada uno llega en un momento diferente, como todas las *edades*. La mía pasó, aunque no sé si alguna vez volverá. A veces creo que lo que más me molesta de los fados no es el fado en sí, sino todo lo que rodea al fado. En una ocasión un italiano le preguntó a J., una amiga de Lisboa, por qué no se hacían coreografías para los fados. Ella respondió con su voz impostada: “¿crees que el destino es cosa que se baile?”.

Suena el timbre, la sala se llena, el espectáculo va a comenzar.

Mafalda Arnauth viste de negro, con un traje bordado y largo. Su espectáculo, lo dice el programa, hace presente la memoria colectiva portuguesa a través de un repertorio de antiguos éxitos, y por su equilibrio entre tradición e innovación al incorporar composiciones propias. Mafalda Arnauth pertenece a aquello que algunos críticos denominan *nuevo fado*, y cuyos protagonistas intentan siempre singularizar hacia *mi propio fado* o *mi propia manera de sentir el fado*. Y esto sí que lo consigue con éxito Mafalda Arnauth, una *fadista* algo atípica que interpreta *su* fado en salas grandes, en escenarios teatrales, lejos de ese otro pozo de los susurros en que se convierten a veces los santuarios oscuros del género. “Mi destino soy yo quien lo traza”, canta en una de sus primeras piezas, muy aplaudidas por un público que llena el patio de butacas. Probablemente yo prefiera, al contrario que muchos, *este* fado. El de las salas grandes, el de los teatros. Entiendo mejor en este contexto, entre palmas, esa cierta *impostación* de los fadistas. Consigo explicármela.

Los mejores momentos de la noche, cuando interpreta una canción de António Botto y cuando encuentra ecos de Vinicius de Moraes en el *espíritu* (me gusta ver su boca al pronunciar esta palabra: mi butaca está en las primeras filas) de uno de los fados. Cerca del final la lluvia arrecia con fuerza

sobre el teatro, y su estruendo se hace sentir en el escenario. Mafalda Arnauth pide la colaboración del público para cantar con ella más alto que la lluvia. Pide un fado *de alegría* para finalizar la noche.

El espectáculo gusta mucho. Lo dice la gente a la salida. Lo dicen en la cena los *flamencos* que habían compartido con ella *Ágora palestra*, a la luz de unas velas casi improvisadas en medio de la tormenta. Algunos dicen que han visto caer gotas de lluvia sobre Mafalda Arnauth mientras cantaba. Me pareció una buena frase para finalizar un *concierto* de fados. Aunque fuese real.

**MIÉRCOLES, 20 DE OCTUBRE.** El periódico del día entrevista a Antonio Covarsí. Habla de Lisboa, de la *luz incierta* que le perturbó durante los dos años que dedicó a preparar la exposición que ahora muestra *Ágora Escena*. “La ciudad te va dirigiendo, te sugiere el tema y la forma de hacerlo. El resto lo hace la forma de trabajar mía, que siempre ha sido expresionista. Pero sí, me dejo llevar mucho por la intuición”.

Hoy comienza el segundo curso en el Meiac. Se marchan los participantes de las jornadas sobre prensa y tribunales y llegan directores de museos de arte contemporáneo, artistas y críticos de España y Portugal. También llega J., que me llama al llegar a Badajoz para ver qué tal va todo. Bien, le digo. Y camino hacia el Salón de Actos de la Concejalía de la Juventud, en cuya puerta se amontonan decenas de niños acompañados por sus profesoras.

## TEATRO INFANTIL - TEATRO DO IMAGINÁRIO

### “... *E as palavras voaram*”

Aún faltan diez minutos para comenzar la representación y el ancho pasillo que conduce al Salón de Actos ya está repleto de niños bulliciosos. Ellos (cinco y seis años, me lo dijeron sus profesoras) gritan y saltan con la impaciencia de quien va a hacer algo distinto a un día normal de clases. Vamos *al teatro*, me dice un niño con gafas. Poco después, el responsable abre la sala y los pequeños corren a las butacas dirigidos por las profesoras.

A un lado niños y niñas con uniforme azul, al otro pantalones vaqueros, chándals y camisetas de colores. Hoy no llueve, pero ellos siguen *revueltos*, me dice una profesora simpática.

El director de Teatro do Imaginário reclama atención y silencio. Los actores y las marionetas están ya dentro del decorado. Habla en *español* y anuncia que los actores también lo harán, para que “todos los niños y las niñas puedan percibirlo”. La buena voluntad batalla contra la falta de un micrófono de ambiente. Poco a poco van desfilando los personajes por el escenario y los niños comienzan a moverse de sus asientos, a reírse como sólo saben hacerlo los niños, con la boca abierta y agitando las manos. Un perro encuentra una caja de madera y, jugando con ella, hace que salte su tapa. De allí salen las palabras del diccionario, que estaban encerradas, y huyen por la ciudad. Palabras como *razón, pereza, carnaval*. Palabras que se deslizan por las paredes, que reptan por el suelo, que bailan y hacen saltar a los niños. Un vendedor de periódicos intenta hacerlas volver a su lugar de origen (me refiero al diccionario, a *los libros*). Y aparecen los restantes personajes. Un pescador, el policía, unos raperos y un pato que se come, glotón, 25 páginas del diccionario ante el delirio de los niños. Las palabras se esparcen por la ciudad, forman frases fuera de los libros, frases con sonidos y movimientos. Los niños están entusiasmados. Aplauden y gritan al final de la obra. Después, mientras los mismos actores comenzaban a recoger el escenario, un chico rezagado pregunta al director dónde han ido al final las palabras. Él responde con su mejor *español*: están dentro de tu cabeza.

Las palabras son las verdaderas protagonistas de esta representación, debería haberlo dicho antes. No las marionetas (también) ni los personajes (también). Sobretudo las palabras. Palabras que van al encuentro de los hombres, que salen de los libros a saludar a la vida. Con frecuencia encuentro más *contemporáneo* el teatro infantil que el adulto. Tal vez deba pedir perdón por la frase. Los niños se ríen ruidosamente ante la impostación de los actores. Los imitan a la salida. Transforman en *cine*, en *vida*, lo que ha quedado dentro del salón. Veo cómo se marchan formando filas indias, en diferentes direcciones. Al frente las profesoras. La más simpática, que me ha visto

tomando algunas notas, me dice *hasta luego*. Decido ir al Meiac para asistir a alguna sesión del curso sobre los Museos. Y me voy caminando, intentando memorizar los nombres de los personajes. No lo consigo.

## ESPECTÁCULO MUSICAL DE FILIPE FERRER

### *As pestanas de Greta Garbo*

Cuando supe el nombre de este espectáculo, días antes del inicio de *Ágora*, fui a ver a F. Su despacho está al final de mi pasillo, tres puertas más allá. A él le gustan este tipo de cosas, pensé. Musicales variados con bailarines sobre el escenario. Sabía el título, y también la definición que del mismo se hacía en el programa: “un recorrido musical por el imaginario de la juventud de la clase media portuguesa de las décadas de los 40 y los 50. A través de una oratoria lúcida y sarcástica, el autor nos acerca al Estado Novo, al cine y a los sentimientos y costumbres de toda una generación”. Me sorprendió su cara al decirle el nombre del autor y del espectáculo que iba a ver, que debía reseñar. Abrió mucho los ojos, como no pudiendo evitar querer decirme muchas cosas. Al final, fue lacónico. Ya me contarás. Es *resultón*, popular en Lisboa.

Poco después de las nueve de la noche estaba Filipe Ferrer, acompañado por un pianista, sobre el escenario del López de Ayala. Tres taburetes y una percha con sombreros configuraban el decorado. El escenario estaba *desnudo*. Y un micrófono. (Nada más verlo recordé: Filipe Ferrer era actor de una *novela*, no recuerdo cuál, los primeros tiempos que viví en Évora. Un actor secundario interesante, con matices). El espectáculo resultó ser un *one-man-show* en el que su protagonista (actor, cantante, director, guionista) repasa algunos temas célebres de su generación, los jóvenes de los años cuarenta y cincuenta. Boleros, tangos, canciones de películas americanas... Músicas en diferentes *estados*, interpretadas con experiencia y con una voz cálida que contrastaba a veces con el ritmo machacón de la música pregrabada sobre la que se superponía el piano. Un espectáculo más propio, tal vez, de un café-concierto que de un gran teatro, más proclive al comentario al oído y al calor de un *gin-tonic* que a la cierta frialdad de un teatro como el López.

Las canciones de aquella época, de aquella *generación*, han marcado toda una época. Filipe Ferrer nació en los años treinta. Yo, varias décadas más tarde. Pero sé de memoria todas aquellas canciones, que no han formado parte de mi vida, aunque sí de mi memoria. De una memoria construida con fragmentos de historias que no he vivido. Al salir me reí hacia dentro pensando en el musical que hará alguien, dentro de veinte o treinta años, recordando las canciones de mi juventud, de los ochenta. Comenzará con las mismas palabras que Filipe Ferrer: “yo pertenezco a una generación que...” y hablará de compromisos lejanos al Estado Novo, de la forma de entender el amor cuando teníamos menos de veinte años. Igual que en *Las pestañas de Greta Garbo*. Cuando llegamos a la cena, aún resonaba en mi cabeza alguna de las canciones. Se escapaba de mi boca cuando menos lo esperaba. No sé si alguno de los directores de Museos ibéricos pudo reconocerla. Según iba pasando la noche la lluvia iba borrando las letras de las canciones. Lo escribo y pienso que esta metáfora parece escrita por alguien de *otra generación*.

**JUEVES, 21 DE OCTUBRE.** Por la mañana me costó desayunar. Un zumo de naranja y un poco de pan algo después de las nueve. La prensa reflejaba la visita de Maria João Bustorff, ministra de cultura portuguesa, a *Ágora Academia* el día anterior. Me entretuve leyendo las crónicas de los periodistas e imaginando la procedencia del apellido de la ministra portuguesa. M. me había dicho en el Meiac que en la exposición de la Diputación provincial había un cuadro suyo. “Ve a verlo y después me dices qué te parece. Hay un espejo”. Y así lo hice.

### **EXPOSICIÓN COLECTIVA EXTREMEÑO-ALENTEJANA**

La Asociación de Universidades Populares de Extremadura organiza esta exposición *valiente*, fruto de su esfuerzo por dar a conocer a artistas extremeños y alentejanos a uno y otro lado de la frontera. En varias ciudades alentejanas he ido viendo durante los últimos años los carteles que anunciaban estos Circuitos Culturales Transfronterizos, que han servido de

presentación a numerosos artistas. En esta ocasión son veintisiete, dieciocho extremeños y nueve alentejanos, participantes todos ellos en circuitos anteriores. R. me había presentado a alguno de ellos en la inauguración de *Ágora*. Conozco a varios pintores que han ido colaborando en el proyecto, que han visto sus obras colgadas en varias ciudades gracias a este esfuerzo. Gracias a. Palabras que se repiten cuando hablo con ellos.

La *Exposición colectiva extremeño-alentejana* se plantea con una concepción *democrática* del arte. Óleos, acrílicos, fotografías pintadas, marquetería, escultura, manifestaciones de “creadores profesionales con una gran carrera artística, jóvenes creadores que van abriéndose paso en el mundo de las artes plásticas y artistas-artesanos que utilizan las técnicas tradicionales de su lugar de origen en nuevas creaciones”. Todos ellos con el objetivo, compartido con los organizadores, de dar a conocer sus obras en un territorio concreto (Extremadura y Alentejo) que, para muchos, es una geografía moral, ese *paisaje* del que habla Unamuno.

Cuando estaba viendo la exposición, M. me envió un *sms* para decirme que no podríamos comer juntos, que se le había antojado parar en Estremoz para buscar un pequeño restaurante en el que había comido, hacía muchos años, unos *pezinhos de coentrada*. Búscalo sin prisas, le contesté.

## ENCUENTROS LITERARIOS

### *Pedro Tamen*

Miguel Viqueira es el traductor español de Pedro Tamen, y venía acompañándole a él y a su mujer desde Lisboa. Nada más verme, a media tarde, me dijo que no había conseguido encontrar el restaurante de Estremoz con el que tanto había soñado.

Pedro Tamen es uno de los poetas portugueses que gozan de una *voz* más propia, uno de esos pocos poetas siempre reconocibles en su propia esencia que sobreviven a las diferentes tradiciones literarias. Su lectura se incorporaba este año al Aula Díez-Canedo que la Asociación de Escritores Extremeños organiza en Badajoz, lo que significaba (lo dijeron los directores del Aula al iniciarse el acto) la apertura de estos ciclos a Portugal. La sala se quedó en silencio absoluto cuando Tamen, con voz grave y cordial a la

vez, comenzaba a leer sus poemas. Poemas *difíciles* en ocasiones, posiblemente *oscuros*, pero que ofrecen entre líneas la claridad de una voz madura que reflexiona sobre el tiempo y la muerte: “Bem te conheço, ó máscara / da vida, coisa louca ensinada / aos meninos sentados pelos bancos / de pau, entre outras loucas / coisas, que dessas não conheço”.

Cualquiera que vaya con asiduidad a lecturas de poesía sabe perfectamente cuándo existe empatía entre el autor y el público, cuando éste se *contagia* de los versos que escucha. Fue una de esas veces. El público supo apreciar los diferentes registros de la poesía de Tamen acompañando la lectura con un cuadernillo bilingüe editado para la ocasión, que permitía descubrir la hondura latente en la superficialidad de lo cotidiano: “Os automóveis dormem. Na discoteca / estão mortos os pares que se titilam. / Ao pegar no telefone o senhor rui / despega. E não ouve. E não fala. / As flores são periscopios cegos: / também elas, se dizem, não se entendem.”

Tras la lectura las personas se resistían a salir de la sala. Alguien me dijo: es una pena que no haya hablado más en portugués (su español era magnífico, añadió). Y otra persona: me hubiese gustado que leyese sus poemas en español. Poco después, en la cena, Tamen nos contó la anécdota de un grupo de poetas portugueses que protagonizaba un encuentro de poesía en una ciudad española, entre los que él se encontraba. Una noche de lluvia, sin ganas de salir del hotel, planearon el siguiente pasatiempo: ganaría quien fuese capaz de ir más veces a la recepción del hotel y preguntar algo en castellano que incluyese la palabra *todavía*. No nos dijo quién ganó, pero me hizo reír mientras caminaba con M. hacia el Café-Concierto Mercantil.

## CONCIERTO

### *Houdini Blues*

Había leído lo que decía el programa sobre este grupo de Évora poco antes de la cena, haciendo tiempo hasta que llegasen todos los comensales. “Este grupo portugués nos acerca una propuesta pop-rock de contornos innovadores y con variadas referencias musicales y literarias”. Pensé en la palabra contornos y en el adjetivo de moda, *incontornável*.

Cuando llegamos, la Sala Mercantil aún no estaba llena. Se llenó poco después. Houdini Blues, sobre un fondo con proyección de vídeo (imágenes urbanas, avenidas transitadas por coches a toda velocidad, a veces detalles del portal de un edificio o de una fábrica), comenzaban a desplegar su diversidad de ritmos y sonidos. El cantante presentó, cd en mano, su última obra: *Extravaganza*, un paseo lingüístico (cantaron en francés, inglés, portugués...) y cultural a través de las geografías de la modernidad (París o Nueva York) y de cierto *folklore* de ese mundo moderno (New Orleans, Mississipi...), combinando blues, pop, rock, música disco y hasta electrónica en un sonido que, inevitablemente, traía a veces ecos de la música europea de los ochenta. Sonido compacto, voces que producían *extrañamientos* en la sala y una clara voluntad de mestizaje urbano y occidental.

Poco después de finalizar su actuación, los músicos recogieron sus instrumentos y el equipo ante parte del público, que aún no se había marchado. Cesó la proyección de imágenes. Más tarde, cuando volvía a casa, los imaginé en una furgoneta regresando a Évora. Trazando las curvas que tan bien conozco.

## VIERNES, 22 DE OCTUBRE

### ENCUENTRO LITERARIO CON JÓVENES ESTUDIANTES

#### *Pedro Tamen*

La prensa del día anunciaba la clausura de *Ágora*, y recogía algunos testimonios sobre el tercer curso que se desarrollaba en el Meiac, sobre espacios verdes protegidos en el oeste peninsular. Joaquín Araújo proponía la creación de un parque natural para paliar los efectos de Alqueva, y yo me acordaba de A., cuando me decía una tarde de primavera que el problema de ese embalse era un problema *cultural*. La agricultura es la madre de la cultura, le dije bromeando. Y él, escéptico, sentenció: El aire va a cambiar, amigo. Hablábamos de la historia oculta de Aldeia da luz, a raíz de un cuento de João de Melo (titulado precisamente así, “Aldeia da luz”) que debía

traducir para una revista española. Los jóvenes estudiantes que abarrotaban (casi cuatrocientos, me dijo uno de los profesores) el Salón de Actos de la Residencia Universitaria Hernán Cortés respiran ya ese *aire diferente*, pensé al organizarme la programación del día mientras tomaba un café. Serán diferentes. Y sonreí.

Las Aulas Literarias organizadas por la Asociación de Escritores Extremeños (hay ocho distribuidas por la región) llevan siempre a sus escritores invitados a realizar una lectura para estudiantes de secundaria. Uno de sus profesores anunció: “es un privilegio que podamos contar varias veces al año con una página viva de los manuales de literatura que estudiáis en casa”. Los chicos, al contrario de lo que mucha gente podría pensar, escucharon la lectura con *respeto y tolerancia*. Muchos de ellos eran alumnos de portugués, e incluso leyeron un poema de Tamen en su lengua original ante el aplauso de sus compañeros. Muchas veces he opinado (recuerdo una larga noche en Lisboa con A. y B.) que los *jóvenes* de hoy son, probablemente, los mejor preparados de nuestra historia. Los que más información reciben. Han leído más páginas con veinte años de lo que leía un ciudadano normal, con el triple de edad, hace cincuenta años. Había 400 chicos en la sala, estaba abarrotada. Y escucharon poesía portuguesa. ¿Esto es indicio de un futuro mejor? Puede que no. No creo que la poesía, por sí sola, haga mejores ciudadanos. Conozco muchos lectores de poesía con los que no me quedaría a solas una noche. Sin embargo, creo que es sintomático de una nueva realidad más rica, de la *pluralización* de la sociedad, que ve cómo sus jóvenes van exactamente igual al cine, a oír poemas o a comprarse zapatillas. Con la misma actitud.

Al final de la lectura (más breve que la del día anterior), la fila de chicos y chicas que esperaban un autógrafo del poeta sobre el cuadernillo se hacía interminable. Fueron veinte minutos (lo miré en el reloj). Al final, un chico y una chica de segundo de bachillerato, que ya habían escuchado de viva voz a más de una docena de poetas españoles dentro del mismo proyecto, sentenciaban. Ha sido diferente, pero nos ha gustado igual. Cuando se dan la vuelta su profesora, I., me dice al oído: ellos también escriben.

## CONCIERTO

### *Tucanas*

En la puerta del López de Ayala me encuentro a varias chicas que han asistido a todas las actividades de *Ágora escena*. Deben ser alumnas de la Escuela de Idiomas, porque hablan de preguntarle no sé qué a su profesora. Forman un pequeño círculo y comentan las actividades que más les han gustado. Oigo el nombre de Mafalda Arnauth. Una espera ansiosamente (esa es la palabra que utiliza) la película de Manoel de Oliveira (nunca he visto una *pelí* suya, añade).

Vi unas fotografías de *Tucanas* poco antes de las vacaciones de verano. Me las enseñó S., que las había hecho durante su concierto en el festival Rock in Río Lisboa. A ella le gustaron mucho, y como tenía carnet de prensa se acercó al final para comentar algunos detalles y para ver de cerca los instrumentos. Los instrumentos: las *Tucanas* tocan diferentes elementos de percusión (bidones, tambores, metales, timbales...), ortodoxos y heterodoxos, que mezclan con la frescura de sus propias voces, consiguiendo un efecto de intensidad contagiante en el público, que no tarda en tocar las palmas al compás de las músicas. Las músicas: ecos de tradiciones distantes y variadas, portuguesa, brasileña, africana. Las voces: temas interpretados en portugués y otros en *dialectos* (así lo decía el programa) inventados, elementos fonéticos tan sólo que danzaban al ritmo de las percusiones.

El espectáculo de *Tucanas* es, sin duda, *intenso*. Las intérpretes rebosan simpatía en el escenario, y el público (sobretudo el joven) no tarda en establecer complicidades con ellas. *Somos un grupo de percusión femenina*, anunció una de las intérpretes. Y no fue necesario hablar mucho más. En su espectáculo cobra una dimensión especial la escenografía, con las cinco músicos moviendo los brazos, sobre fondo negro, para dar vida a todos los instrumentos. Instrumentos que suenan con voz de túnel, como diría Gómez de la Serna. Instrumentos que dejan paso a los propios cuerpos de las chicas, que golpean sus hombros, sus piernas y sus estómagos para conseguir diferentes sonidos con que crear los momentos más íntimos de su concierto. Tal vez hablar de *intimidación* en un concierto de percusión pueda parecer una frivolidad.

Al salir del teatro aún resonaban los tambores dentro de mi cabeza. Miré el programa y comprobé que ya faltaba poco, que las páginas se iban acabando. Mañana la Orquesta de Extremadura, pensé. Y me fui a casa.

## SÁBADO, 23 DE OCTUBRE

### ORQUESTA DE EXTREMADURA

#### *Repertorio de temas portugueses*

Hay mucha gente en la puerta del teatro. No puedo ver a las chicas y chicos que han venido todos los días, y por un momento eso me preocupa. La música clásica tiene su público, me dice la taquillera cuando le pregunto si han repartido muchas entradas.

Luís de Freitas Branco, uno de los compositores del repertorio portugués que va a interpretar la Orquesta de Extremadura, fue estricto contemporáneo de Fernando Pessoa. Lo recuerda Guillermo Alonso Iriarte en el programa de mano, recorriendo varias citas del escritor portugués dedicadas a la música: “la música es esencialmente el arte de los sueños [...] Educar a las nuevas generaciones en los sueños, los devaneos, en el culto prolijo y enfermizo de la vida interior, acaba resultando en educarlas para la civilización y para la vida”. Es posible defender cualquier teoría, cualquier opinión, sustentándonos en citas de Pessoa. Es fácil hacer la prueba. Nunca se preocupó de las paradojas, de no contradecirse. En eso fue estrictamente riguroso. Coherente como pocos.

Freitas Branco fue profesor de música en Lisboa, donde comenzó a crear escuela en la primera mitad del siglo XX, ese siglo en el que ya no estamos pero en el que seguimos viviendo y pensando. Allí, entonces, acompañó los pasos de Joly Braga Santos, director de orquesta y compositor que firma la segunda parte del repertorio del concierto. Freitas Branco atraviesa hoy el tiempo llegando hasta nosotros con un concierto para violín pulcramente interpretado por Alexander da Costa, joven músico nacido en Montreal pero con ascendencia portuguesa. Braga Santos lo hace con un *divertimento* y con “*Encruzilhada*”, *Ballet en un acto*. Diferentes opciones para

una sensibilidad común, la de intentar sumar a la tradición de la música portuguesa *clásica* elementos propios de los tiempos de Pessoa.

En los últimos meses he escuchado en boca de Rui Vieira Nery y de Manuel Morais que para comprender la música española antigua es necesario conocer la música portuguesa antigua. Ellos hablan, sin rubor, de *músicas ibéricas*. También me refiero a estas tradiciones. El *Concierto para violín* de Luís de Freitas Branco data de 1916, un año después de que Pessoa y Sá-Carneiro escandalizasen a la sociedad lisboeta con la publicación de la revista *Orpheu*. Guillermo Iriarte afirma que el músico trabajó “con un compendio de libretistas y poetas tan variado como para poderse deducir que andaba perfectamente al día en el campo cultural”. Los poetas, por aquel entonces, jugaban al escondite con Wagner. Tal vez la huella de alguno de ellos respire en las melodías interpretadas por Alexander da Costa.

Los conciertos de música clásica tienen su público. Me lo dijo la taquillera. Ese público que ovacionó largamente a Jesús Amigo, director titular de la Orquesta de Extremadura, al final del concierto. El calendario de esta orquesta va de Logroño a Oviedo o Gijón en poco más de dos semanas. Oigo cómo alguien dice que van a grabar un cd con el repertorio de este concierto. Con *músicas ibéricas*, me digo a mí mismo.

## MARTES, 26 DE OCTUBRE

### CICLO DE CINE PORTUGUÉS

#### *Um filme falado*

Es una tentación pensar que todos los alumnos de portugués diseminados por el mundo han visto alguna vez una película de Manoel de Oliveira. Casi la misma tentación que pensar que dos de cada tres portugueses no la han visto o, si lo han hecho, no les ha gustado. Sus películas no son *fáciles*. Lleva setenta años (nació en 1908, convivió con el cine mudo) rodando películas, muchas de ellas con su sello inconfundible. De entre todas las que he visto, tal vez sea *A caça* de la que guardo mejor recuerdo. Como solemos decir, *me impresionó* verla por primera vez. En su filmografía hay ecos

de Agustina Bessa-Luís, de José Régio, de Camilo Castelo Branco. Sería fácil decir de todo un siglo de literatura. La última vez que vi a Oliveira personalmente fue en Cáceres hace poco más de un año. Recogía uno de los premios Extremadura a la Creación. Alto, elegante, casi imperturbable con sus casi cien años. Y unas palabras suyas de aquel día que aún recuerdo: los que estamos cerca de la muerte valoramos en su medida los premios. O algo así. No interesan las palabras exactas, la idea lo es en sí.

*Um filme falado* (*Una película hablada*) lleva hasta el extremo algunas de las obsesiones presentes en las películas de Oliveira. Me refiero a ese contraste siempre personal, algo *tosco* a veces, entre una fotografía y una sintaxis (como en esta película) propias de un documental, casi de un reportaje, mezcladas con un guión algo *inverosímil* para el espectador, un texto, podríamos decir, *de autor*, puesto en boca de los personajes. La historia de *Una película hablada* es sencilla: una joven profesora de historia lisboeta hace un cruceo por el Mediterráneo acompañada por su hija, una niña pequeña que espera (como su madre) encontrar a su padre en Bombay, al final del trayecto. En cada puerto (Ceuta, Marsella, Pompeya, Atenas, Egipto y Estambul) suben viajeros al barco, que comparten con el comandante (un americano de origen polaco) una mesa en la que cada uno de los comensales, una empresaria francesa, una conocida actriz griega y una exmodelo italiana, comparten sus experiencias utilizando su propia lengua. La Babel lingüística que simboliza la mesa, el barco entero, completa su cosmogonía al participar en ella la joven profesora portuguesa y su hija, reproduciendo una escena de comunicación idílica entre diferentes lenguas, entre diferentes culturas. Se trata, podemos decirlo, de un viaje *iniciático* truncado al medio del trayecto por un ataque terrorista. Tal vez una metáfora. O un símbolo. Reflejo de los tiempos que toca correr, y que Oliveira analiza entre asustado y escéptico. Pero *Um filme falado* tiene también mucho que ver con la memoria de un país, Portugal, en diálogo con la civilización mediterránea, como se evoca a cada paso del largometraje.

No conseguí ver entre el público a la chica que decía que esperaba *ansiosamente* ver la película. Había demasiado público. Al salir, ya lo sé de otras veces, las películas de Manoel de Oliveira te dejan una sensación extraña.

La gente salía en silencio y algunos lo comentan. Una chica universitaria (antes de la película hablaba de sus exámenes de matemáticas) lo resume en una frase: “¿Habíais visto antes alguna película de Manoel de Oliveira?”

*Ágora escena* acaba y deja la ciudad entre la lluvia. Los librereros ya han recogido los libros portugueses de los expositores. Los carteles plastificados de *Ágora* continúan mojándose amarrados a las farolas. A algunos de ellos se les ha despegado la faja inferior, la que indica la ciudad y las fechas en las que se ha celebrado (*Badajoz, 18 a 23 de octubre de 2004*) y dejan ver otras fechas y otras ciudades del pasado. Los paseantes los miran (puedo verlo ahora desde el café donde tomo las últimas notas en mi libreta) extrañados, sin saber el significado de las nuevas fechas. *Hablan*, en todo caso, de un proyecto al que algún día no será necesario referirnos con adjetivos como *abierto, respetuoso o tolerante*. Por sobreentendidos. Será necesario, únicamente, utilizar la palabra *transfronterizo*. Y huir de la nostalgia, como hacían los escritores de hace cien años al atravesar una frontera. Con la única intención de hablar, de opinar. Como en las crónicas, un género en primera persona. Un género *hablado*. ❖